

LAS AVENTURAS DE OLIVER CROW

© del texto: José Luís Rufo Rodríguez

© maquetación y diseño: J. L. Ruffo

© portada: Punto Rojo Libros, S.L.

© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@punterojolibros.com

www.punterojolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: julio 2016

ISBN: 9788416937004

ISBN eBook: 9788416937547

Depósito Legal: CA 501—2016

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

J.L.Ruffo

LAS AVENTURAS DE OLIVER CROW

LA PROFECÍA DEL LIBRO NEGRO

PUNTOROJO
libros

J.L.Ruffo

LAS AVENTURAS DE OLIVER CROW

LA PROFECÍA DEL LIBRO NEGRO

Érase una vez unos niños a los que dedicarles mi segunda novela...

A todo aquel que durante los años ochenta quería ser un Goonie, no dejaba de leer historias interminables y pedía en vano que los Reyes Magos le trajeran a R2D2...

A todo aquel que siente a Spielberg, Lucas, Burton, Columbus, John Williams, Harrison Ford... como parte de su familia.

A los originales THE LOST BOYS PRODUCTIONS : Álvaro Rodríguez, Pedro Díaz, Salva Limón, José Ramón Rufo, Jorge Boutellier, Carmen Troya, Cristina Jiménez, Rocío Rodríguez, Carlos Rodríguez... y un servidor.

Al creador, director y presentador del podcast SERIÉFAGOS Y CINEFÍLICOS, Gregorio Rufo Cordobés. Es alucinante cuando tras cuarenta años descubres que tienes un primo tan friki como tú.

A mis hijas, Cristina y Claudia. *Never grow up.*

A mis niños perdidos: Javi, Irene, Alicia, Ángeles, Álvaro, Susana, Sofía, Cristina y Álex.

A mis ahijados Ezequiel (Robin, tú inspiraste a Oliver Crow y diste nombre a Itui) y Paula (tus ojos son las estrellas que guiarán todas sus aventuras).

A los nuevos habitantes de Nunca Jamás, las amigas y los amigos, compañeros de clase de mis hijas: Irene, Elena, Rosa, Marta, Fran, Emma, Ágata, Irene, Julia, Daniela...

A mis amigos—familia que siempre serán niños perdidos: Patri, Ezequiel, Angelines, Javi, Pedro, José Luis, Candela, Pulido, Yoli, Paco Montero, Marina, Jesús, Juanma Trechera, Paco, José Ignacio, Marcos Trujillano...

A Merche y a mi mujer Cristina, responsables de que Oliver y todos los personajes de mis novelas lleguen a vosotros con mucho mejor aspecto y más guapos.

Para cinco niños eternos: mis tíos Gregorio Rufo, Mari Cordobés, Dami Rufo, Antonio Orrequia y Antonio Rufo, con los que un día me volveré a encontrar en el verdadero Nunca Jamás. Por suerte mi madre y mi padre siguen jugando conmigo. Sobre todo este último, Cristóbal quien a sus 81 años no quiere dejar de ser travieso y jugar... Os quiero.

Y para acabar felices, aunque las perdices se las pueden comer otros (somos más de BigMac y Whopper), como no podía ser de otra manera, me enamoré de un hada llamada Cristina. Gracias por hacer posible que los dos sigamos viviendo en esa isla donde para llegar hay que subir hasta lo más alto del cielo y girar en la segunda estrella a la derecha, volando hasta el amanecer. Siempre estaremos allí. *Love never dies.*

J.L.Ruffo, el niño que siempre sueña con volar como Peter Pan.

CAPÍTULO 1

SKIDBLANYR

— ¡Espera, Oli!

Emily se apresuró a recoger sus materiales y salir de clase para poder alcanzar a su amigo.

— ¡Venga, lentorra, que siempre salgo yo primero!

Las tres notas musicales que señalaban el final de la jornada se convirtieron en el detonante que provocó que una explosión de alegría infantil recorriera cada aula del departamento escolar. Incluso los maestros, dedicados a instruir a los más jóvenes integrantes de aquella nave, no pudieron evitar sonreír al escuchar los silbidos y gritos de alegría que emitían los niños.

Oliver, como era su costumbre, estaba preparado desde minutos antes de que sonara aquella deseada melodía. A lo largo del día, no había logrado estar atento a ninguna de las explicaciones de sus profesores. Ni siquiera cuando su maestra favorita, la bella Adyra Hawk, les enseñaba Geografía Galáctica dejó Oli de mirar al reloj de la clase como si el simple hecho de observarlo hiciese que corriera más rápido. Tan impaciente estaba aquel chico que los últimos instantes de la jornada escolar se le habían hecho eternos e incluso juraría que aquellos minutos habían durado más de

sesenta segundos. Por eso, cuando al fin sonó la melodía que indicaba el final de las clases, Oliver no perdió tiempo en celebrarlo como el resto de sus compañeros sino que, tras una mirada cómplice a Emily, salió corriendo de la pequeña estancia donde se impartían las clases.

Los dos niños corrieron juntos, esquivando a cuantos profesores y alumnos se cruzaban en su camino. Empezaban las vacaciones de Smurnard y aquellos jovencitos querían aprovechar todos los instantes de su tiempo libre. Mientras corrían el cambio del color celeste del vagón escolar al marrón de la sección 477B les indicaba que ya estaban cerca del puerto de transporte. Una vez allí embarcarían en la nave lanzadera que les llevaría a la sección 119, el distrito residencial donde vivían las familias de los soldados que velaban por la seguridad de toda la población que componía aquella inmensa nave: la AX975— Skidblanyr.

Quedaban muy pocos metros para entrar en la lanzadera cuando, sin poder anticiparlo, el joven Oliver chocó contra algo. El chico salió bruscamente repelido por el golpe, cayó al suelo y quedó durante algunos segundos aturrido por el fuerte encontronazo. En un principio no sabía qué o quién se había cruzado en su camino, pero era evidente que la solidez del cuerpo que había golpeado indicaba que debía de pertenecer a alguien muy fuerte. No tardó mucho Oli en descubrirlo. Al levantar la vista comprobó que delante de él se encontraba una figura alta y corpulenta ataviada con el mono rojizo del uniforme militar de la Skidblanyr. Aquel soldado sin pelo en su cabeza parecía un humano normal pero la forma de sus ojos delataba el por qué de tanta fuerza: dos pequeñas ranuras sustituían las cuencas oculares. En ellas se podía apreciar un pequeñísimo haz de luz rojo a modo de pupilas que escaneaba toda la información que el androide encontraba a su paso. El soldado robot ni siquiera registró el golpe recibido como algo importante. Aun así, giró su cabeza para encontrarse con el niño que seguía tirado en el suelo. El androide, usando su escáner, identificó rápidamente al muchacho.

— Tú eres Oliver Crow, hijo del capitán Crow — el androide continuó hablando tras una mínima pausa— ¿Te encuentras bien?.

La voz del androide era prácticamente idéntica a la de cualquier humano. Sólo un tímido “trasfondo” metálico al articular sus palabras le otorgaba cierta distinción en su voz. Oliver, mientras tanto, era ayudado por su compañera a incorporarse.

- Sí..., estoy bien — dijo el chico todavía aturdido.
- Perfecto. Traslada entonces mis saludos a tu padre.

El padre de Oliver era el capitán Peter Crow. El capitán era uno de los soldados más respetados por los habitantes de aquella nave debido a sus méritos en la operación de fuga que consiguió salvar a miles de familias condenadas por el malvado Comandante Valafart. Aquel implacable dictador había implantado en el planeta Artrox, el lugar de origen de todas las personas que vivían en la Skidblanyr, un régimen basado en el terror y el miedo con la ayuda de su ejército de cíclopes. Hasta el momento de la invasión, en el planeta de Oliver, reinaba una democracia donde la lógica y la ciencia imperaban en el desarrollo de su civilización. Pero cuando aquel malvado ser les invadió acabó con toda huella de la sabiduría y el conocimiento allí desarrollados. Los investigadores científicos del planeta Artrox fueron perseguidos y castigados. El capitán Crow, como otros valientes, se rebeló desde un principio ante los invasores aunque, desgraciadamente, el inmenso poder militar de Valafart hizo que la rebelión no tuviera éxito. Llegados a ese punto, la única opción que les quedaba si querían salvar sus vidas era huir del planeta en la gigantesca nave nodriza Skidblanyr.

De todas formas, esa historia que tantas y tantas veces habían escuchado no era ahora lo que más preocupaba ni a Oliver ni a su amiga Emily. El androide, una vez que constató que el chico no tenía daño importante alguno, continuó su camino sin preocuparse más de él. El verdadero problema para Oli provenía de la consecuencia de contemplar cómo sus compañeros de clase llegaban al puerto de embarque justo a tiempo para presenciar el golpe y su caída al suelo: gracias a ello, ya tenían una oportunidad más que suficiente para bromear y burlarse por lo ocurrido:

- Meteos en vuestros asuntos — respondió a los otros chicos Emily mientras ayudaba a su compañero a entrar en la lanzadera.
- ¿Qué ocurre Crow, tiene que defenderte tu novia?— gritó burlonamente uno de aquellos niños utilizando una broma que los dos amigos estaban cansados de escuchar. Precisamente debido a esa cansina burla, Oli y Emily no cayeron en la provocación y entraron en la lanzadera sentándose en dos de los pocos asientos libres que quedaban todavía en la nave.

Oliver continuaba un poco aturdido y alguno de sus compañeros todavía insistía en la burla. El más pesado de todos, como de costumbre, era John Skyter. El hijo de la sargento Karen Skyter siempre se había caracterizado por hacer bromas pesadas sobre Oliver intentando una y otra vez ridiculizarlo. Según Emily, todo era debido a la envidia que aquel chico le tenía a Oli por ser el hijo de un héroe. Pero él nunca entendió esos supuestos celos: la sargento Skyter siempre había luchado de manera valiente, o al menos eso era lo que le había contado su padre. Peter había hablado mucho a su hijo sobre la escapada de su planeta natal sin embargo, lejos de considerarse alguien importante, se percibía a sí mismo como un soldado más, igual de valiente que todos aquellos que decidieron luchar contra el régimen de terror del comandante Valafart. Escuchando las historias de su padre, Oliver había llegado a la conclusión de que aquella extraña envidia del estúpido de John se tenía que deber a otra razón...

"Cualquiera sabe...", pensó el joven Crow.

Por suerte, ya habían pasado los suficientes minutos para que todo se olvidara y los dos amigos volvieran a hablar sobre lo que realmente les importaba en esos días: los regalos de Smurnard.

- ¿Qué crees que te van a regalar? — le preguntó Emily.
- No lo sé, este año no me han querido dar ni una pequeña pista — dijo quejoso Oliver — ¿Y tú, sabes qué te van a traer los gnomos espaciales?

— Tampoco, no tengo ni idea...

La tradición de los gnomos espaciales era un momento muy especial para los más pequeños de la nave. Ellos eran los verdaderos protagonistas de las fiestas de Smurnard. A pesar de que en Artrox todo estaba regulado por la lógica y la ciencia, las fiestas de Smurnard eran una de las pocas tradiciones legendarias que se habían mantenido en aquella cultura tan científica y avanzada. La costumbre exigía que cada año los “gnomos” hiciesen regalos a los pequeños y más jóvenes. Eso sí, siempre y cuando hubieran sido buenos durante el resto del año. De repente, una terrible idea cruzó por la mente de Oli:

- Emily, ¿y si siguen molestos? ¿Y si este año no hay regalos?
- Pero..., pero de eso ya han pasado dos meses — respondió la chica.
- Ya, pero acuérdate cómo se enfadaron con nosotros...

El incidente al que se referían Oliver y Emily ocurrió un día de escuela, como bien recordaba ella hacía ya dos meses. Ese día se retrasaron un poco y perdieron el transporte que les llevaba al área escolar. Era la primera vez que les ocurría en sus vidas y ambos decidieron entonces quedarse en la zona residencial y pasar el día jugando, aprovechando que como todos estaban en sus ocupaciones, aquellas estancias estarían prácticamente desiertas. Los chicos se dedicaron a jugar toda la mañana y lo pasaron tan bien que, sin darse cuenta, se fueron alejando de la zona residencial adentrándose hasta el sector de las cocinas. Por suerte, los trabajadores al reconocerlos avisaron a sus familiares. Cuando sus madres aparecieron se enfadaron muchísimo con ellos: no sólo habían perdido el transporte sino que, además, decidieron por su cuenta quedarse a jugar. Los padres estaban sorprendidos por la conducta de ambos niños y durante bastantes días se habían mantenido muy disgustados. Incluso el padre de Oliver cuando llegó aquella noche a su estancia, le prometió a su hijo que en unos días elegiría un castigo apropiado para lo ocurrido puesto que su enorme enfado no le permitía tomar decisiones en ese momento. Oliver tragó saliva al escuchar la voz serena pero contundente de su padre. Nunca lo había visto así. Los siguientes días resultaron agónicos para Oli,

esperando en todo momento que el castigo cayera sobre él. Pero, poco a poco, el tiempo fue suavizando la situación y, como sus padres no habían vuelto a sacar el tema, Oli pensaba que quizás ya lo habían olvidado...

Pero...

"... ¿y si el castigo era que no hubiera regalos en Smurnard...?"

Oliver no quiso compartir ese último y aterrador pensamiento. Los dos amigos se quedaron en silencio, pensativos, mientras la lanzadera encendía sus motores y se elevaba lentamente.

Despacio, con una suavidad calculada, el transporte salió del hangar y por el exterior recorrió los distintos departamentos de la Skidblanyr: A pesar de que ese camino lo hacían todos los días, la realidad era que les seguía impresionando la visión desde el exterior de aquella gigantesca cosmonave. Desde el transporte, pudieron ver alguno de los sectores que la componían, como el sector 32 dedicado al abastecimiento, el sector 54 de las cocinas, el 114 de emergencias médicas e incluso la zona de maquinaria y generadores, el sector número 3. Además, obviamente, la pequeña nave escolar donde viajaban Oliver y sus compañeros, no era la única lanzadera de transporte que recorría aquella nave nodriza. Así, todas las pequeñas naves que volaban cerca del perímetro de la Skidblanyr formaban un impresionante enjambre de exactitud milimétrica, como un ballet perfecto y armonizado que no era sino el reflejo de una increíble organización. La Skidblanyr era en verdad una enorme ciudad y siempre que Oliver la observaba notaba un profundo sentimiento de orgullo porque sus padres habían ayudado a escapar a todas aquellas personas de las garras del malvado comandante Valafart.

CAPÍTULO 2

LA NOCHE DE SMURNARD

Cuando Oliver llegó a la estancia donde vivía con su familia, su madre le pidió que se preparara para la cena:

— Oli, dentro de un momento llegará tu padre así que debes estar listo.

El chico estaba radiante y no quería que nada hiciera enfadar a su madre:

— Lo que tú digas, mamá — contestó mientras le daba un beso.

Helen, sorprendida con la respuesta de su hijo, no pudo evitar una ligera sonrisa:

- ¡Qué niño tan obediente!... ¿No tendrá nada que ver con el hecho de que hoy llegan los gnomos espaciales, verdad, señor Crow?
- ¡Mamá, qué cosas dices...! Ya no soy un niño pequeño... tengo once años...
- Bien, bien. Entonces no creo que te gusten los regalos de Smurnard, eso no son cosas para un adulto como tú, ¿o me equivoco?...

Oliver siempre quería demostrar a todos que ya era casi un muchacho y si había algo que le fastidiaba era que lo trataran como a un niño pequeño. Sin embargo, hoy no era el día más apropiado para tal exigencia y, al

escuchar estas palabras de su madre, un nudo se instaló en su garganta. Tuvo que tragar saliva, esperar unos segundos y pensar bien la respuesta antes de contestar:

- Bueno mamá, acabo de cumplir sólo once años, no soy todavía un adulto... y no me importaría recibir algún regalo...

La madre no pudo contener la risa ante la diplomática contestación de su hijo:

- Menudo granuja estás tú hecho. Anda, ve a lavarte las manos, ya está todo listo y tu padre no tardará mucho...

Oli se dirigió entonces hacia el pequeño habitáculo habilitado como baño. Introdujo sus manos en las ranuras del lavabo espacial y en apenas dos segundos las sacó totalmente limpias y desinfectadas.

- ¿Qué hay de cenar, mami?
- No seas impaciente, Oli, ahora lo verás.

Tal como le adelantó su madre no tuvo que esperar mucho. A los pocos minutos, Oliver oyó como el capitán Crow abrió la compuerta de su hogar. Entraba en la estancia un corpulento hombre rubio de unos cuarenta años que lucía una cuidada barba. Su hijo salió a recibirlo con un abrazo.

- ¡Papá!
- ¡Hola, campeón! — dijo al abrazarlo.

La respuesta cariñosa de su padre tranquilizó mucho a Oli. No parecía tan enfadado y, con suerte, ya habría olvidado el episodio de sus pellas de clase. La madre de Oliver también salió a darle un beso a su marido.

- Hola, cariño, ¿cómo ha ido?

- Todo bien, por el momento... No hemos recibido ninguna señal de naves enemigas, así que...— parecía que al capitán le costaba encontrar un final adecuado para su frase.
- ¿Mejor así, no? — respondió Helen — Quién sabe..., a lo mejor se han olvidado de nosotros...
- No lo creo cariño...y aunque es cierto que hace bastante tiempo que no nos ataca ninguna nave del ejército de Valafart, lo mejor será no mencionarlo demasiado — el gesto de su esposa indicaba que estaba de acuerdo con él — ¿Cómo te ha ido en el hospital? — preguntó Peter a su esposa Helen cambiando de inmediato la conversación. Era evidente que al padre de Oliver no le gustaba hablar de ciertos temas delante de su hijo.
- Todo bien..., bueno... Tenemos algún que otro niño enfermo pero nada grave...

Helen, la madre de Oliver, era una de las doctoras en medicina infantil más prestigiosas en su planeta de origen. Allí, en Artrox, gracias a la ciencia y tecnología tan avanzadas que habían logrado alcanzar eran muy pocas las enfermedades que no podían curar. Por desgracia, cuando las hordas del comandante Valafart les invadieron, les prohibieron utilizar sus recursos médicos con la población, por lo que enfermedades ya extinguidas volvieron a aparecer entre la población de Artrox y el número de enfermos aumentó considerablemente. Cuando huyeron de su planeta a bordo de la Skidblanyr no pudieron conseguir muchos de sus materiales médicos más avanzados y, aunque a bordo poseían instrumental adecuado, los doctores habían tenido que recurrir en ocasiones a remedios más primitivos, la mayoría de ellos descritos en viejos manuales médicos. Aún así, gracias a los conocimientos y la inteligencia del personal sanitario de la nave, durante los siete años que llevaban surcando el espacio no habían tenido grandes problemas que afectaran a la salud de la población.

- Bueno Oli, ¿estarás contento, no?. Hoy empiezan las vacaciones de Smurnard...
- Sí, papá...

Todavía de pie, el capitán Peter Crow colgó su gorra roja con las dos pequeñas águilas que identificaban su graduación, en una pequeña percha que había en la entrada al departamento.

- Bueno, habrá que esperar a ver si los gnomos espaciales te traen algún regalo... aunque no sé yo si te lo has merecido...

"¡Porras!", pensó Oli. Estaba convencido de que ese último comentario era por aquel día que no fueron a clase.

"Todavía lo recuerda".

- Bueno, caballeros — interrumpió Helen—, es la hora de cenar...

La pequeña estancia que los Crow utilizaban como salón estaba iluminada con velas. En la noche de Smurnard los habitantes de Artrox recordaban a los primeros pobladores de su planeta y era tradición que los familiares y amigos se reunieran a cenar alrededor de cuatro velas que representaban a los elementos principales de su planeta: agua, tierra, fuego y aire.

Una vez sentados todos, justo antes de empezar a cenar, siempre se guardaba unos minutos de silencio para recordar a aquellos familiares o amigos que ya no estaban junto a ellos. El primer recuerdo desde que comenzaron su éxodo en aquella majestuosa nave era siempre para los abuelos de Oliver. Ni los padres del capitán Crow ni los de la doctora Helen Fabs pudieron huir con ellos en la Skidblanyr. Aquella decisión fue muy dura. Los habitantes de Artrox mayores de sesenta y cinco años decidieron por unanimidad no escapar y dejar su lugar a las familias más jóvenes con hijos menores y a los miembros del Consejo. Oliver era un pequeño crío rubio de cuatro años cuando huyeron del planeta por lo que no recordaba mucho a sus abuelos. Sin embargo, gracias a algunas holoinágenes que sus padres lograron llevarse consigo, el chico sabía qué aspecto tenían.

- Te querían mucho, Oliver... Tus abuelas incluso discutían a veces porque te querían cuidar a la vez... — recordó Helen con nostalgia. La doctora no pudo evitar que se le escapara alguna lágrima. Siempre le ocurría cuando hablaba de sus padres.
- No es malo llorar, Oli — le dijo su padre cuando observó que el niño se preocupaba al ver emocionarse a su madre—. No debemos ocultar nuestros sentimientos. Recordar a nuestros padres y a nuestros amigos nos pone tristes pero a la vez nos sirve porque de esa manera podemos acercarnos a ellos.

Oliver puso cara de no entender qué significaba aquello que le había dicho su padre.

- Ya lo entenderás, hijo... Ya lo entenderás.

El capitán Crow fundió en un abrazo a su familia:

- Por eso es tan importante que llegemos a Galatea. Tenemos que conservar todo aquello por los que nuestros mayores lucharon y consiguieron durante tantos siglos. Sus avances y todo el conocimiento que lograron no pueden perderse en la oscuridad de las ideas extremas y la intolerancia del comandante Valafart.

Galatea, la quimera a la que habían confiado su rumbo, pertenecía a uno de los pocos sistemas de la galaxia que todavía no habían sido invadidos por el ejército del comandante Valafart. A lo largo de su historia Artrox había tenido unas relaciones estrechas con los habitantes de Galatea. Por esa razón los rebeldes de Axtrox la eligieron como destino. Pero el viaje era muy largo. Tenían que cruzar prácticamente toda la galaxia y la Skidblanyr no era precisamente una nave veloz. Además, durante el trayecto no podían levantar muchas sospechas. Cuando el Capitán Crow y los miembros del Consejo planearon la fuga calcularon que tardarían unos nueve años en llegar a Galatea. Atendiendo a esos cálculos fueron

clandestinamente abasteciendo de víveres y energía suficiente a la Skidblanyr.

- ¿Cuándo llegaremos, papá?
- No debe quedar mucho, Oli, ya llevamos siete años surcando el espacio... Estoy convencido de que pronto terminaremos nuestro viaje... pero quiero que nunca olvides un detalle — el capitán Crow cogió entonces con suavidad el brazo de su hijo y le mostró el pequeño tatuaje que simbolizaba los dos soles de Artrox. El viejo y pequeño sol rojo junto al enorme y radiante sol amarillo.— Estas dos estrellas, Oliver, son las que siempre divisábamos en nuestro planeta. La vida en el planeta se creó gracias a ellas. Por esta razón, todos los habitantes de Artrox nacemos con este símbolo marcado en el antebrazo. Nos acompañará grabado en la piel y en nuestras ropas. El planeta siempre está con nosotros. Así, cada vez que vemos este símbolo es como si viéramos el cielo que cubre nuestro amado hogar.

A Oli le encantaba hablar con sus padres sobre su planeta natal. Ya conocía el significado de la marca tatuada. Ya conocía los dos soles que alumbraban y arropaban a Artrox. Pero cuando su padre hablaba de ello todo le parecía nuevo e ilusionante. Oli no recordaba su vida en Artrox y, hasta el momento, jamás había pisado otro planeta. Como les ocurría a todos sus amigos, la única vida que conocía eran los pasillos de esa nave. Debido a ello, Oliver tenía mucha curiosidad por conocer otras formas y estilos de vida: sentir el aire acariciando su cara, ver una gran ciudad o correr por el campo, actividades que nunca había podido hacer y que sus padres describían como cotidianas pero maravillosas.

- Pronto llegaremos... La Skidblanyr nos llevará a nuestro nuevo hogar...

El silencio emotivo que se produjo tras estas palabras de Helen no duró demasiado. Los sonidos procedentes de la barriga de Oli además de hacer reír a sus padres y sonrojar al joven Crow, avisaban que el hambre no les permitiría esperar mucho más.